

El "nuevo" modelo de intervención norteamericana en Centroamérica: La "guerra de baja intensidad"

Lilia Bermúdez*

La incapacidad de lograr una victoria que se suponía rápida en contra del FMLN-FDR salvadoreño, así como la consolidación del gobierno sandinista, cuestiona al interior del gobierno norteamericano la convivencia de concretar una invasión militar directa con fuerzas propias. El reaganismo no se enfrentaba a problemas técnicos ya que durante el primer periodo presidencial se prepararon todas las condiciones operativas, logísticas y de entrenamiento para poder realizarla, sin embargo, la lectura de la realidad político-militar de la región arrojaba como resultado que el costo de la opción invasión sería extremadamente alto debido a una razón: el inevitable empanamiento.

Si del debate en torno a las razones políticas y militares de la derrota en Vietnam se concluye que las futuras invasiones en el Tercer Mundo tendrían que ser instantáneas y contundentes, de acuerdo con el concepto estratégico del Despliegue Rápido, también se establece la necesidad de buscar la manera de evitar llegar a este extremo y/o de reducir los costos en su caso.

Las propuestas sobre este último aspecto no dejan de parecer viciadas y circulares, maquilladas

con un nuevo término que ha acabado por imponerse en la literatura militar más reciente: la "baja intensidad" en los conflictos, la guerra y las operaciones.

Desde nuestro punto de vista, y sumándonos a otra conceptualización acuñada por un colega, la "nueva" estrategia militar norteamericana es la de implementar una "guerra contrarrevolucionaria prolongada"¹, que se maneja en torno a dos ejes sustanciales: la reversión de procesos populares y revolucionarios triunfantes (Nicaragua, Angola, Mozambique, Afganistán), y la contrainsurgencia en aquellos países en donde exista una amenaza evidente al orden establecido (El Salvador), o una amenaza potencial aunque sea incipiente (Honduras, Costa Rica).

Si bien entre los estrategas tanto civiles como militares no se ha producido un consenso en torno a la rigurosidad del concepto Conflicto de Baja Intensidad², existen acuerdos que lo definen, y cuyas propuestas para enfrentarlo en el terreno de la contrainsurgencia nos recuerda la vieja y conocida doctrina de la administración Kennedy.

El debate para darle una perso-

nalidad más definida al concepto permanece abierto hasta el momento, sin embargo podemos encontrar una serie de consensos que podemos resumir de la siguiente manera:

1. El Conflicto de Baja Intensidad se ubica en el extremo más bajo del espectro del conflicto, cuya cúspide es la guerra nuclear total, con una amplia gama de retos que pueden ir desde las actividades terroristas, pasar por la guerra de guerrillas y, algunos incluyen, puede terminar en una guerra convencional sin la utilización de armas atómicas.
2. Justamente por ese amplio abanico anterior, las fuerzas armadas norteamericanas no se encuentran preparadas para enfrentar los Conflictos de Baja Intensidad. En el terreno de la guerra convencional la atención ha estado centrada en la necesidad de responder a los conflictos de mediana a alta

* Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Coordinadora del área de análisis estratégico en el Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPyS, UNAM.

1 No obstante la aceptación de este concepto, debido a que nuestra ponencia se centra en el análisis de la revisión doctrinaria norteamericana, continuaremos usando su propia terminología: guerra o conflicto de baja intensidad.

2 Ver a título de ejemplo, Sarkesian, Sam and William L. Scully (Ed.) *US Policy and Low-Intensity Conflict. Potentials for Military Struggles in the 1980s*. Transaction Books, New Brunswick (USA) and London (UK), 1981, p. 1 y 175; Kupperman Associates Inc., Robert H., *Low-Intensity Conflict*. Prepared for US Army Training and Doctrine Command, Vol. I, Main Report, July 30, 1983, Contract No. DABT 60-83-C-0002, p. 16; y, Oseth, Lieutenant Colonel John M., U.S. Army, "Intelligence and Low-Intensity Conflict", en *Naval War College Review*, Vol. 37, No. 6, Nov-Dec. 1984, p. 19.

intensidad ante un eventual enfrentamiento contra la URSS en suelo europeo, lo cual es asumido como error. El diagnóstico para la década de los 90s es que en el continente americano los conflictos más probables son los de la baja intensidad, siendo las arenas más probables Centroamérica, México, Colombia, Venezuela y Puerto Rico, en donde no se descarta la escalada al nivel de una guerra convencional.³

3. La Guerra de Baja Intensidad enfrenta dentro del esquema de confrontación con la Unión Soviética en el Tercer Mundo, no sólo la necesidad de impedir el triunfo de movimientos populares que inclinen la balanza más a favor del mundo comunista, sino también restarle su peso actual por la vía de revertir los procesos ya consolidados y en el poder. Así, la Guerra de Baja Intensidad, que nosotros denominamos Guerra Contrarrevolucionaria Prolongada, tiene que revitalizar la doctrina de la contrainsurgencia para enfrentar a los movimientos populares, y apoyar la insurgencia contrarrevolucionaria para revertir gobiernos necesariamente "procomunistas", no importando su legitimidad y apoyo internos.

Condición necesaria para lograr lo anterior, es la recuperación de la *ofensiva* tanto a nivel estratégico como táctico, enterrando estorbosas doctrinas como la de la contención, que asumen la *defensa* estratégica como opción. Esa errónea política de acuerdo con el Coronel Harry G. Summers, uno de los principales estrategas de la Guerra de Baja Intensidad, fue la causa de las derrotas en Co-

rea y Vietnam, y sirvió de freno para no intervenir cuando los sucesos de Hungría de 1957, y fue el justificante para no invadir a Cuba como resultado de la crisis de los militares de 1962.⁴

Los necesarios apoyos a los diferentes grupos de "contras" tienen que trascender el ámbito de lo clandestino o encubierto, legitimando internamente esta conducta internacional a través del apoyo del Congreso, el que ya otorga 27 millones de ayuda "humanitaria" a los grupos antisandinistas, y aprueba para el presupuesto de ayuda exterior del año fiscal de 1986 un paquete que prevé la asignación de fondos para grupos guerrilleros anticomunistas en países como Kampuchea y Afganistán, y levanta la prohibición que existía desde hace diez años sobre la ayuda a los rebeldes angoleños.

4. Resulta igualmente fundamental la legitimación y credibilidad de las fuerzas apoyadas: "la intervención militar norteamericana en apoyo de una élite gubernamental o de un sistema político que no tiene un mínimo nivel de apoyo interno, es probable que erosione cualquier apoyo público existente... esto significa que la intervención americana debe ser política y militarmente balanceada, principalmente en lo que concierne al refuerzo y legitimación del régimen existente."⁵

Así, la necesidad de legitima-

ción del gobierno de Duarte en El Salvador y de la contranicaragüense, ha sido y es una prioridad.

En el documento "El Punto de Vista de Washington", que trasciende a la prensa y que sirve de base para la reunión en Panamá de los embajadores acreditados en Centroamérica con el Subsecretario Adjunto para asuntos Interamericanos, Ellioth Abrams, a celebrarse la segunda semana de septiembre, se afirma que "hemos logrado finalmente que la gente crea que El Salvador se ha tornado un país reformista, y que las guerrillas no representan al pueblo salvadoreño. Necesitamos seguir alentando esa creencia".

Con respecto a la contranicaragüense, resultó evidente la embestida publicitaria para lograr su legitimación —encabezada por el propio presidente Reagan— en las semanas previas a la votación final del Congreso que aprobó la ayuda "humanitaria" de 27 millones de dólares el 26 de julio.

La campaña no se detiene, renovándose con el anuncio del 20 de agosto por parte de la principal organización contrarrevolucionaria, la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), en el sentido de lanzar una campaña para "humanizar" la guerra con la creación de un Comité de la Cruz Roja, una Comisión de Derechos Humanos, una Fiscalía General y Tribunales de Excepción y Apelación. Con ello "se persigue obtener normas para el canje de prisioneros, atención de los heridos de ambos bandos, la creación de zonas desmilitarizadas, el libre movimiento de los socorristas y paramédicos y la protección de la población civil". La Fiscalía General se

4 Summers Jr., Colonel Harry G., US Army, "Principles of War and Low-Intensity Conflict", en *Military Review*, Vol. LXV, No. 3, March 1985, p. 45-46.

5 Sarkesian, Sam C., "American Policy and Low-Intensity Conflict: An Overview", en Sarkesian, Sam and William L. Scully (Ed.), *op. cit.*, p. 7-8.

3 Kupperman, *op. cit.*, p. 5

encargaría de juzgar los crímenes de guerra cometidos por miembros de la FDN y cualquier otra falta a un código de moral y comportamiento próximo a ser emitido.

5. Como acuerdo central se establece que el objetivo es político, por lo que la respuesta no puede ser exclusivamente militar, sino que tiene que incorporar una serie de elementos y reformas tolerables a nivel económico, político y militar, así como el uso de factores no militares en la guerra.

Así, otro estratega señala que:

"En el Conflicto de Baja Intensidad, la iniciativa descansa en aquellos que puedan influenciar o explotar el proceso de cambio. Ese proceso debe ser influenciado donde y cuando sirva a *nuestro* interés nacional. En un proceso de largo plazo, en el cual las opciones políticas, económicas y psicológicas, proveen el mejor camino para el triunfo final. . .

La diferencia básica entre operaciones militares en Conflictos de Baja Intensidad y los niveles de mediana y alta intensidad, es la naturaleza del triunfo militar. En estos últimos el triunfo está medido en términos de ganar campañas y batallas. En los Conflictos de Baja Intensidad, es alcanzando objetivos nacionales norteamericanos sin recurrir al combate prolongado.

En el Conflicto de Baja Intensidad los factores no militares juegan de lejos un gran papel en todos los niveles, del estratégico al táctico. . . Las acciones tomadas en el terreno militar no pueden estar separadas de —y

tendrán un efecto sobre— el medio político, económico, psicológico y social.

Recíprocamente, no toda situación requeriría de un esfuerzo militar".⁶

6. Como el objetivo es político, el blanco son las masas de la población, se pretende ganar sus "mentes y corazones", para lo cual es necesario controlarlas a través de operaciones psicológicas (básicamente propaganda y manipulación de la opinión pública), la acción cívica (mejoría de la imagen de las fuerzas represivas a través de atención médica, construcción de obras de infraestructura, reparto de víveres, etc.), patrullas de defensa civil (bajo el supuesto de controlar e incorporar a la población a las tareas de defensa), constitución de aldeas estratégicas (controlar y desplazar a la población cuando en sus zonas de vivienda existe una actividad y apoyo a la guerrilla), y la ejecución de planes de desarrollo que puedan mejorar relativamente su situación de miseria.

7. Como la estrategia se complejiza y el objetivo es global y no sólo militar, la respuesta es a largo plazo: "debemos reconocer que el Conflicto de Baja Intensidad no es simple ni de corto plazo. Es un problema complejo, de varios niveles y dimensiones, que tiene sus raíces en el cambio".⁷

8. La implementación de la Guerra de Baja Intensidad en su aspecto contrainsurgente, recae fundamentalmente en las Fuerzas Armadas de los países

aliados y en el apoyo a la contrarrevolución, circunscribiéndose el papel norteamericano a la ayuda económica y militar, a la asesoría y al entrenamiento, en suma, a la multiplicación de las habilidades contrainsurgentes y contrarrevolucionarias.

Summers señala que Vietnam proporciona una importante lección, ya que "nuestra doctrina en aquella época promovía la errónea idea de que la contrainsurgencia era una tarea de los Estados Unidos. La verdad del asunto era que la contrainsurgencia era una tarea sudvietnamita; la tarea de Estados Unidos era la de asistir a un aliado bajo ataque".⁸

9. En el terreno militar, la guerra es irregular, es una guerra no convencional que descompone a las Fuerzas Armadas aliadas, creando unidades élites con un entrenamiento especializado, con una alta movilidad, y que para la desestabilización de gobiernos populares establecidos, incorpora la guerra de guerrillas como forma de lucha.

En el caso de El Salvador, de la formación y entrenamiento de los batallones Atlacatl, Atonal y Ramón Beloso, se pasa a la introducción de batallones élite más pequeños y con mayor movilidad, como son los de Cazadores a partir de mediados de 1983.

10. Si la guerra es irregular, ésta no puede enfrentarse con tropas convencionales exclusivamente, sino que tiene que darse con fuerzas empapadas de las habilidades de la guerra irregular: las Fuerzas de Operaciones Especiales (FOE). La doble finalidad en este terreno sería

6 Morell, Major General Donald R., US Army, Retired, and Ferguson, Major (P) Michael M., US Army, "Low-Intensity Conflict: An Operational Perspective", en *Military Review*, Vol. LXIV, No. 11, Nov. 1984, p. 6 y 9.

7 *Idem*, p. 4

8 Summers, *op. cit.*, p. 45

perfeccionar a este tipo de fuerzas al interior de Estados Unidos, aumentar su número, solucionar problemas de comando y control, y crear fuerzas similares en los países afectados real y potencialmente por "desórdenes" sociales. En su caso, a los grupos contra se les entrenaría con esta óptica.

Las FOE fueron institucionalizadas durante la administración Kennedy y congeladas después de la guerra de Vietnam por diversos problemas. Ahora se ha iniciado un programa para su reactivación desde 1982, lo que ha implicado un aumento sustancial en cuanto a sus efectivos y a la centralización de su mando.

Las FOE existen dentro de cada rama de las Fuerzas Armadas norteamericanas. Son tropas altamente entrenadas con capacidades y misiones diferentes a aquellas de las fuerzas convencionales. En esencia, son entrenadas para operar como guerrillas y para realizar actividades clandestinas. Aprenden a pelear en cualquier clima o terreno —selva, montaña, desierto, ártico— y a conducir operaciones aéreas y submarinas. Su especialización incluye demolición submarina, sabotaje, sobrevivencia en el desierto, paracaidismo, buceo, combate mano a mano, entrenamiento como francotiradores, camuflaje, escape y evasión, interrogación y operaciones psicológicas, etcétera.⁹

Elementos de la FOE, básicamente Boinas Verdes, empeza-

ron a llegar a Centroamérica en misiones de entrenamiento a las Fuerzas Armadas locales a partir de julio de 1983, cuando 125 instructores asignados al Centro Regional de Entrenamiento Militar de Honduras, iniciaron un programa para 2,400 soldados salvadoreños y 1,400 hondureños. Esta actividad ha comprendido también el entrenamiento de fuerzas supuestamente no militares, como son las Guardias Civil y Rural de Costa Rica.

Por otro lado, las actividades de sabotaje más espectaculares en contra de Nicaragua, han sido atribuidas a estas FOE y a sus pupilos, como son las del minado de puertos y los ataques a fuentes de energía.

El terrorismo forma parte de los Conflictos de Baja Intensidad. El terrorismo contemporáneo ha dejado de ser un fenómeno aislado y se ha convertido en una "táctica de valor estratégico", empleado por "grupos subnacionales neoneofascistas" o por Estados-nación.¹⁰

En cuanto a las propuestas para enfrentarlo se ha avanzado mucho a raíz del ataque al cuartel de marines en el Líbano donde murieron más de 200 en octubre de 1983, punto de formación de una comisión del Departamento de Defensa para estudiar el fenómeno.

Durante el presente año y a raíz de dos sucesos, el secuestro del avión de la TWA por parte de un comando libanés, en el que viajaban 40 norteamericanos, y el operativo del FMLN en San Salvador, en el cual re-

sultaron muertos 6 norteamericanos, entre ellos 4 infantes de marina, se exacerba la campaña antiterrorista de Reagan, la que parte con una declaración sin precedentes: "Irán, Libia, Cuba, Nicaragua y Corea del Norte constituyen una Confederación de Estados Terroristas dirigidos por degenerados, inadaptados, locos y escuálidos delincuentes", (2 de julio).

Según el *Miami Herald* del 17 de julio, un equipo especializado del gobierno —conformado aparentemente por la CIA, la Agencia de Inteligencia de la Defensa y el Consejo de Seguridad Nacional—, había presentado al vicepresidente, George Bush, varias opciones a la lucha antiterrorista en Centroamérica, que incluyen: ataques aéreos o de comandos contra bastiones rebeldes en El Salvador o campos de entrenamiento en Nicaragua; ablandamiento o eliminación de prohibiciones presidenciales vigentes contra asesinatos, para permitir que agentes norteamericanos puedan dar muerte a terroristas o líderes extranjeros antinorteamericanos, como los sandinistas o los guerrilleros salvadoreños; asesores y asistencia suplementaria para El Salvador para entrenar a la Guardia Nacional y a la policía de Hacienda, así como aumento de la asistencia militar a Honduras y Costa Rica para entrenamiento o antiterrorista; ejercicios suplementarios en Honduras y ante las costas occidental y oriental de Nicaragua; nuevo pedido de fondos al Congreso para aumentar la contra nicaragüense de 17 mil a 30 mil efectivos; y, revisión de la política hacia Cuba que puede incluir el endurecimiento del embargo comercial o la elimi-

9 Un excelente estudio sobre el tema se encuentra en *American's Secret Soldiers. The Buildup of U.S. Special Operations Forces*, en *The Defense Monitor*, Vol. XIV, No. 2, 1985, Center for Defense Information, Washington, D.C.

10 Kupperman, *op. cit.*, p. 15

nación de intercambios deportivos y culturales.

El siguiente paso que se da es la propuesta ante el Congreso por parte del Representante republicano Bill McCollum, para cancelar la ley que veta la asistencia policial norteamericana a países extranjeros, como enmienda a la Ley de Asistencia Exterior para 1986.

2. La invasión directa no es descartable en el caso de que las Fuerzas Armadas aliadas y/o la contra sean derrotados y/o incapaces de mantener el control

de la situación en un nivel tolerable y en un plazo aceptable, y siempre y cuando los costos se hayan reducido lo suficiente como para que de realizarla, ésta concuerde con los principios del despliegue rápido, es decir, que sea instantánea y contundente.¹¹

11 Un mayor análisis del cambio de la opción invasión al de Guerra Contrarrevolucionaria Prolongada, y de los contenidos de la primera y su implementación en Centroamérica, se encuentra en Bermúdez, Lilia y Raúl Benítez, "La Segunda Administración Reagan en América Central", en *Polémica* No. 16, enero-marzo 1985, San José, Costa Rica.

El cambio en la estrategia militar norteamericana, la incorporación de nuevos elementos que la complejizan y que nos definen la prolongación del conflicto centroamericano, nos obliga a profundizar el estudio no sólo en términos teóricos y doctrinarios, sino también en lo que se refiere a viejas experiencias contrainsurgentes, como son la de Vietnam y la de Guatemala, así como en las modalidades de este nuevo método de reversión de procesos a través del apoyo a diferentes grupos de insurgentes contrarrevolucionarios.

